

*Los imaginarios “peruanistas” en la izquierda  
uruguaya: el debate de febrero del 73<sup>1</sup>*

Gilberto Aranda Bustamante  
UNIVERSIDAD DE CHILE

María Olga Ruiz Cabello  
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

---

ABSTRACT

---

This work aims to explore the influence of a specific militarism, the progressive one, in the experience of one of the most emblematic groups in the New Left, the Uruguayan Tupamaros National Liberation Movement, as well as the Frente Amplio coalition in the same country. We suggest that, since the episode of the pre-coup of February 1973, this group was willing to converge with the military in an experience of the Velasco Alvarado type in Peru.

**Keywords:** Myths, revolution, national-popular, progressive militarism, Velasco Alvarado, Tupamaros.

Este trabajo se propone explorar la influencia de un militarismo específico, el progresista, en la experiencia de uno de los grupos más emblemáticos de la Nueva Izquierda, el uruguayo Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, así como del Frente Amplio en el mismo país. Sugerimos que a partir del episodio del pre-golpe de febrero de 1973 se puede apreciar la disponibilidad de dicha agrupación para converger con los militares en una experiencia del tipo Velasco Alvarado en Perú.

**Palabras clave:** Mitos, revolución, nacional-popular, militarismo progresista, Velasco Alvarado, Tupamaros.

---

---

<sup>1</sup> Este trabajo es resultado de la estancia como visitante de Gilberto Aranda en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid en el curso de año sabático (2022/2023) y del Proyecto DI23-0036 Universidad de La Frontera bajo responsabilidad de María Olga Ruiz "Emociones para y desde la revolución. Una aproximación cultural a las militancias de izquierda en el cono sur Latinoamericano en los largos sesenta del siglo XX".

*La realidad es meramente una ilusión, aunque  
muy persistente*

atribuido a Einstein

## Introducción

Los mitos suelen desafiar las lógicas más conspicuas. El mito del guerrero surca los imaginarios de diversas civilizaciones incluyendo la cristiana que, como Adalberón de Laon en el siglo XI, dividió idealmente el cuerpo social en tres órdenes —actualizando en su tiempo la visión organicista platónica de la sociedad— de los cuales uno era el estamento guerrero (bellatores), cuya función era defender al resto de la sociedad. El advenimiento de los Estados nacionales no disolvió este vínculo entre la sociedad y sus defensores, más si se considera que una de las primigenias burocracias conformadoras de las estructuras estatales fueron los ejércitos. Basta pensar en el papel que jugaron Napoleón, Bolívar, San Martín o Artigas en relatos fundacionales ávidos de héroes míticos. Estos relatos se vuelven cruciales en la medida que se constituyen en una interpretación predominante de los hechos, en el sentido que intenta exponer una “verdad” que se supone indiscutible.

Como sabemos, las identidades políticas descansan no solo en aspectos programáticos sino también en símbolos, mitos y ritos que refuerzan ese lazo común. La adhesión identitaria se sostiene en una interpretación compartida del mundo que da sentido a la acción. Fue el intelectual peruano José Carlos Mariátegui — fundador de la revista *Amauta* en 1926 y autor de “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” — quien señaló tempranamente el valor del mito como principio de la acción colectiva, apuntando que los mitos de la revolución despertaban y activaban la voluntad de los pueblos. De ahí su enorme poder histórico.

El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza super-humana; los demás hombres son el coro anónimo del drama [...]. (Mariátegui 1934, 87)

Para el intelectual peruano, la ciencia y la razón eran insuficientes a la hora de satisfacer las inquietudes y necesidades humanas. Eran la voluntad, la pasión y los elementos movilizados de los pueblos en pos de la revolución socialista.

La izquierda latinoamericana tampoco escapa a esta tendencia, particularmente después de enero de 1959, cuando el enfrentamiento de una guerrilla popular contra un ejército profesional se resolvió a favor del primero, estableciendo un canon: “con independencia de las condiciones objetivas y

subjetivas (tan ampliamente discutidas en el universo marxista), la acción decidida de un grupo de hombres armados podía garantizar el triunfo revolucionario” (Carnovale 2023, 135), pasando a ser un dogma de fe susceptible de exportarse. Más tarde la Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), entre julio y agosto de 1967, galvanizó las tesis guevaristas del desarrollo continental de la revolución, escorando la base ideológica marxista y el papel de la vanguardia antiimperialista cubana mediante la proclamación de la lucha armada (Cortina Orero 2012, 200).

Emergió una Nueva Izquierda, resultado de un complejo entramado mítico (Goldstone 2014, 19) entorno a la vía cubana (Guerra 2018) y alrededor de una “narrativa persuasiva de resistencia” (Pedemonte 2022, 866), que además evocaba un pretérito primigenio y romántico, coadyuvando a consolidar un horizonte prospectivo pletórico de nuevos valores organizadores de la vida política, económica y social (Selbin 2010, 3).

La inmediatamente posterior muerte del «Che» catapultó con la fuerza de una época un proceso simbólico que, alimentado por variados afluentes, entrelazó y fundió la figura del héroe y del mártir, la del guerrillero heroico y el hombre nuevo [...] No hay que olvidar que la incorporación de la lucha armada como estrategia para la toma del poder fue de la mano de una intensa «política de masas». Pero sí significa que los discursos partidarios colocaban a la guerrilla en el peldaño más alto del ideal revolucionario [...] Dar la vida, ofrendar la vida, morir por la revolución. En el imaginario guerrillero, la muerte se convirtió en fuente de legitimación. La muerte del revolucionario, o más precisamente, la muerte en combate del revolucionario fue para las izquierdas armadas de los años 60 y 70 una muerte consagratoria [...] El componente bélico resulta fundamental en la construcción de esta figura. (Carnovale 2023, 139-144)

Este sesgo militarista se proyectó en un conjunto de estructuras que solían adaptar los nominativos de las formaciones militares, así como por medio de los vínculos cultivados — desde el diálogo a la infiltración — con el aparato castrense. Incluso la figura de Allende fue convenientemente ataviada de atributos confrontativos armados — básicamente extraídos del episodio final de su vida y su trágica muerte — acordes con el arquetipo combativo revolucionario cubano y con el relato de una muerte heroica típica del “foquismo”, del que, desde luego, se rechazaba la versión del suicidio (Pedemonte 2022, 885), que — a la distancia — parecen estar emparentados con un ethos sacrificial religioso.

A este respecto, un tipo de capítulo particularmente sugerente es cuando ciertas fantasías utópicas se atavían como rumores de esperanza en momentos

críticos<sup>2</sup>. Los sueños — también los de cambio social — permanentemente alterados por una realidad líquida y pegajosa, son confrontados mediante conversaciones y probablemente rumores, que “se mancomunan en la intencionalidad de desenmascarar algo percibido como ambiguo, y como tal, valorado como peligroso o bien beneficioso para el grupo social” siendo su objetivo develar “cosas y acciones percibidas como secretas y encubiertas” (Ceriani Cernadas 2017, 153)<sup>3</sup>. Los momentos de tensión social ofrecen oportunidades favorables a la producción y circulación de rumores dada la ambigüedad de las definiciones sociales, que adquieren una semántica incierta y polivalente. Este proceso potencia la difusión y exageración de alarmas, así como la mitigación cooperativa en contextos de riesgos para la sobrevivencia (Stewart y Strathern 2004, 30).

Este trabajo se propone explorar la influencia de un militarismo específico — el progresista — en la experiencia de uno de los grupos más emblemáticos de la Nueva Izquierda, el uruguayo Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, así como del Frente Amplio en el mismo país. Sugerimos que, a partir del episodio del pre-golpe de febrero de 1973, se puede apreciar la disponibilidad de dicha agrupación para converger con los militares en una experiencia del tipo Velasco Alvarado en Perú. Para lo anterior, este trabajo primero revisa la experiencias nacional-populares de sesgo militar con atención al Nasserismo y a los gobiernos de Velasco Alvarado en Perú y de Rodríguez Lara en Ecuador. Enseguida, se remite a la experiencia que militantes tupamaros y frenteamplistas tuvieron con el gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas Peruanas. Finalmente, se refiere a las posiciones adoptadas por las izquierdas uruguayas ante los comunicados 4 y 7 de los mandos del Ejército y la Fuerza Aérea sublevados en febrero de 1973, por medio de algunos de sus órganos de expresión.

Proponemos que el carácter militar del mito revolucionario de la Nueva Izquierda — en un momento crítico para su sobrevivencia y de devaluación democrática desde su interpretación — favoreció las tendencias al interior de las izquierdas ilusionadas con un gobierno militar “a la peruana”, de un reformismo profundo para acometer cambios en el sistema político económico, lo que les llevo a ignorar la amenaza castrense que se concretaría en las dictaduras de la Seguridad Nacional.

---

<sup>2</sup> Un caso demostrativo fue cuando una vez consumado el golpe de Estado en Chile el 11 de septiembre de 1973, algunos esperaron que el general Prats organizara una resistencia militar desde Concepción para caer sobre el complot de los comandantes en jefe de Santiago.

<sup>3</sup> Ciertamente desde Simmel 2014 [1908] que sabemos que rumores y chismes unen a grupos y personas, separándolas de otros, constituyéndose en medios para disputar imaginarios morales a la vez que instancias de relaciones de estatus y asimetrías de poder.

## Militares y Revoluciones Nacional Populares

Para las izquierdas de mediados del siglo XX, la relación con el mundo militar fue ambigua, aún más desde posiciones afines al modelo guerrillero. Pero ya antes de la Revolución Cubana había casos de regímenes que desafiaban a la hegemonía occidental dentro del marco de los procesos de una descolonización dirigida por militares. Así es el caso de Gamal Abdel Nasser, quien emprendió el proyecto de unidad árabe –panárabe– apoyándose en el Ejército para el golpe de Estado de julio de 1952. Nasser había formado precozmente una organización clandestina, los "Oficiales Libres", que llegó a ser el Movimiento de los Oficiales Libres en 1949, articulando un plan nacional ampliado a la comunidad árabe. Los objetivos declarados fueron la confrontación al imperialismo — con la cuestión palestina ocupando un lugar central —, la desigualdad social y la desafección popular con la política. Dicha tarea tuvo como protagonista a la única burocracia profesional en condiciones de acometer un cambio sistémico: el Ejército, dirigiendo a Egipto con un "autoritarismo de transición". La revolución nasserista — operando en clave no marxista — apuntaba a producir una base social homogénea de respaldo, bajo la categoría de pueblo árabe y, por tanto, ajena a la lucha de clases, aunque, no por eso, menos revolucionaria (Aranda y Marzuka 2008, 48). Este neonacionalismo revolucionario descansaba sobre panarabismo y una agenda antiimperialista respecto del Reino Unido — que había ocupado Egipto desde 1882 — y la república francesa.

Otra incidencia aún más directa de ciertas izquierdas provino de la experiencia del "Gobierno Revolucionario de la Fuerzas Armadas Peruanas". Hay una anécdota ilustrativa al respecto que compara a la Unidad Popular chilena con el gobierno de Velasco Alvarado, recogida por Rolando Sasso en su libro "La Derrota" y que vivió el futuro senador frenteamplista uruguayo Alberto Couriel:

Yo fui muy amigo de Darcy Ribeiro, intelectual y político brasilero conocido por sus trabajos en educación, sociología y antropología. Él estaba trabajando para el gobierno de Salvador Allende en una ley de participación [...] Uno o dos años después volví a pasar por Chile y Darcy Ribeiro me dijo: 'Me voy de un país que hace socialismo, pero no revolución'. Era Chile. 'Me voy para un país que no hace socialismo, pero sí revolución'. Era el Perú de Velasco Alvarado, donde una reforma laboral daba a los trabajadores de la industria la chance de participar en la propiedad, en las utilidades y en la gestión de la empresa en que trabajaban. Donde se expropiaba al gran latifundio para crear cooperativas de labradores. Donde se expropiaron los grandes medios de comunicación, que quedaron en manos de los trabajadores. (Sasso 2015, 21)

El general Juan Velasco Alvarado había inaugurado un nuevo período en la vida política de su país con el golpe de Estado del 3 de octubre de 1968, apoyado por militares autoidentificados como nacionalistas, designados hoy como Militarismos Progresistas (Rouquié 1984), bonapartismos progresistas (Cotler 1970), detentores de un proyecto comunitarista de participación popular (O'Donnell 1982). Es plausible establecer diferencias y vasos comunicantes entre las dictaduras militares del Cono Sur y Brasil inauguradas por los golpes de Brasil (1964-1985), Argentina (1966-1973/1976-1983), Chile (1973-1990), Uruguay (1973-1985), clasificados como regímenes de Excepción (Poulantzas 1976), regímenes Burocráticos Autoritarios (O'Donnell 1982) o Autoritarismos excluyentes, signados por la alta incidencia de Estados Unidos; y estos militarismos reformistas del Perú (1968-1975), Panamá (1968-1981) y Ecuador (1972-1976) — también llamados populismos militares (Cotler 1970) —, cuyo legado se proyecta en la pos Guerra Fría en experiencias del tipo chavista (Arenas 2018).

La preponderancia militar en regímenes de distinta orientación política operó como eslabón semiótico rizomático (Deleuze y Guattari 1980), es decir aglutinante de experiencias políticamente antinómicas. A pesar de sus diferencias, se trató de un Estado fuertemente militarizado en su cúpula y en su forma de modernización, incluso pudiéndose apreciar varios subtipos (Rouquié 1984), que permite conceptualizarlos como variantes de un Estado Militar (Rivas Nieto, Rey-García, y McGowan 2021). Los diferentes regímenes comenzaron agregar a sus tradicionales funciones de defensa exterior, roles de seguridad interior y desarrollo nacional (Stepan, 1973), asumiendo -después de los golpes- la titularidad corporativa del gobierno con un proyecto de reorganización de la sociedad y refundación al Estado (Garretón 1985; Sidicaro 1996). A este respecto no hay que ignorar que, aunque se destaque el anticomunismo (O'Donnell 2000) de la Doctrina de Seguridad Nacional tuvo además otros componentes, como fueron políticas desarrollistas de refundación nacional (Garretón 1985; Sidicaro 1996), que permite bosquejar trayectorias alternativas de acuerdo a sus prioridades — sin ignorar que hubo gobiernos no nacidos de golpes que esgrimieron la doctrina de seguridad nacional (Calandra y Franco 2012)- aunque rechazando las prácticas demoliberales por juzgar que cedían espacios a grupos antinacionales o alienaban a las masas (Cotler 1994).

Tampoco se puede soslayar que los regímenes militares más represivos del Cono Sur, tuvieron un importante insumo experiencial previo en la doctrina "Doctrina de la Guerra Revolucionaria" (DGR), desarrollada por el Ejército francés y recepcionada en América Latina a fines de los cincuenta, usando de arquetipos los conflictos de Indochina entre 1946 y 1954, y Argelia, entre 1954 y 1962 (Amaral 1998, Mazzei 2002), y solo a partir de inicios de los sesenta fue

desplazada por la doctrina de Seguridad Nacional de cuño estadounidense (López 1987; Ranalletti 2011; Osuna y Pontoriero 2020), más enfocada la primera en contextos urbanos, mientras la segunda atendió principalmente a la confrontación de las guerrillas rurales que emergían producto de las tensiones generadas por los procesos de modernización en los países del “Tercer Mundo” (Osuna y Pontoriero 2020).

Respecto de los militarismos reformistas se apunta a una dimensión de izquierda populista (López Maya 2022) aunque otros autores enfatizan la ambivalencia de sus proyectos sumada a la dificultad para utilizar los motes de izquierda y derecha en gobiernos militares (Loveman 1999). Por esto, es más fácil pensarlos como Regímenes Nacional-Populares, con una integración nacional sobre la base del desarrollo económico endógeno, la lucha contra el dominio extranjero y la participación popular (Touraine 1989), tal como fue ensayado por las revoluciones fácticas de México en 1910, el primigenio sandinismo en Nicaragua (1926-1933) y la boliviana de 1952.

Proponemos que los Militarismos progresistas combinan la revolución nacional/popular de las experiencias mencionadas, por una parte, con rasgos militaristas, estos últimos un aspecto común con las dictaduras militares del Cono Sur. Una sugerente forma de diferenciación de ambas experiencias es la detectada por Garretón (1978) a propósito de la disímil receptividad de la Doctrina de Seguridad Nacional, que en el caso de los militarismos progresistas fue inspirada en una Geopolítica Desarrollista (subdesarrollo del sur), cuyo Enemigo interior era la (Oligarquía) y el exterior (imperialismo) más una incidencia acotada de la Escuela de las Américas.

El militarismo se expresó en la autonomía del estamento (Lleixà 1986a, 1986b; Varas 1984) y la ocupación de una función política y posición social preeminente (Demarchi y Ellena 1986), que dejaba la vida política al arbitrio de las FFAA.

En Ecuador, por ejemplo, la ausencia previa de una izquierda doctrinaria vigorosa fue reemplazada por una doctrina Nacional revolucionaria de segmentos del ejército. Los Militares progresistas adaptaron la Doctrina de Seguridad Nacional, atándola a la desigualdad decodificada por el Instituto de Altos Estudios Nacionales (Albuquerque 2021). Encabezados por la marina, ejecutaron el golpe de 1972, que colocó a Guillermo Rodríguez Lara al frente del país (1972-1976). Su proclama fue la de un gobierno revolucionario, “moralizador, popular, antifeudal y antioligárquico” (Albuquerque 2021, 11), declarándose tercermundista, adhiriendo al Pacto Andino y exigiendo el fin de bloqueo a Cuba. Su mayor éxito fue la recuperación de la extracción y comercialización del petróleo.

En el Perú de los sesentas, después de una experiencia guerrillera — que se revelaría sustancialmente distinta a la siguiente generación de lucha armada 15 años después (Aranda, López y Salinas 2009) — seguida por un bajo activismo, el Gobierno de Velasco Alvarado acometió una serie de cambios al recepcionar los imaginarios populares rebeldes — que Flores Galindo denomina *La Utopía Andina* (1986) — para rechazar tanto al sistema oligárquico agrario como a los partidos políticos. Este Gobierno leyó la Seguridad Nacional con un adjetivo adicional: **integral**, señalando a una nueva relación con el capital transnacional, limitando la propiedad bancaria al 25% y estatalizando los hidrocarburos. La alianza con los sectores populares apuntaba a un neocomunitarismo — ni capitalismo, ni comunismo — expresado en la reforma Agraria y la reivindicación de la identidad indígena.

Otro de sus rasgos más destacados provino de la creación de un Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización (SINAMOS) en 1971. Su definición oficial intentaba estimular la intervención del pueblo peruano, a través de organizaciones autónomas. Su objetivo era crear una “democracia social de participación plena”, aunque en la práctica funcionaba como un partido político oficialista. Se trataba de un esquema de activismo de corte vertical, prescindente del liderazgo de base, expresión de un profundo paternalismo jerárquico (O'Donnell 1982). Gradualmente su membresía comenzó a distanciarse del régimen que lo creó, fungiendo de crisol de experiencias y semillero de rebeliones, con participantes como Héctor Béjar — quien previamente había formado parte del Ejército de Liberación Nacional en 1965 — o Luis “Gigi” Varese, que más tarde — en 1978 — militaría en el Partido Socialista Revolucionario Marxista-Leninista, y que terminaría por fundar el Movimiento Rebelde Tupac Amaru.

Las relaciones de esta experiencia con las izquierdas en plena ebullición de fines de los sesenta y principios de los setenta, aunque menos promocionadas, tampoco fueron inexistentes, como ejemplifica la mejoría de las relaciones con la Unidad Popular de Allende y el restablecimiento de las relaciones con Cuba, interrumpidas en 1960.

### **El caso uruguayo**

La reinterpretación del guevarismo en Uruguay — a partir de las deliberaciones de la izquierda no comunista respecto a las tendencias revolucionarias a mediados de los sesenta (Rey Tristán 2020) — decantó en la formación del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) en enero del 1966 por parte una cincuentena de personas inspiradas por el ejemplo cubano para activar una guerrilla urbana. De tal manera que el enfoque armado



hacía parte de la identidad de un movimiento definido por la acción directa, y no por la política, el terreno que la izquierda clásica había tomado, con la cual tampoco se mantenían posiciones antagónicas (Cortina Orero 2012), en línea con la Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) que — a pesar de proclamar la lucha armada como la estrategia fundamental en América Latina — reconoció la excepcionalidad de Chile y Uruguay, admitiendo su vía electoral (Cortina Orero 2012).

Sin embargo, a partir de los setenta, con parte de su liderazgo en prisión, el militarismo del MLN-T se incrementó. Las fugas desde las instalaciones penales se intensificaron, alcanzando la cima con el escape de 106 militantes de izquierda — la mayoría tupamaros — desde Punta Carretas el 6 de septiembre de 1971. El hecho devino en el principio del involucramiento de las Fuerzas Armadas en el combate a la guerrilla, patrocinada por el presidente Jorge Pacheco Areco<sup>4</sup>, escalando a mediados de 1972 a una declaración de Estado de Guerra en el país y a la “completa derrota guerrillera anunciada con bombos y platillos por las Fuerzas Armadas en octubre de 1972” (Caetano 2017, 50).

De aquella época datan las primeras alusiones a una supuesta ala militar progresista — inspiradas por Nasser y Velasco Alvarado y potencialmente revolucionaria — en el seno de las FF. AA. y que generalmente han sido conocidas como “peruanistas”. Nos referimos a sectores militares de vocación nacionalista, que al ser convocados al campo político con el objetivo de luchar contra “la subversión” por parte del gobierno, habrían desarrollado una profunda conciencia sobre las injusticias sociales, apoyando la expulsión de un Ejecutivo considerado oligárquico — desde la lectura que hacía la izquierda — que, habría cometido fraude electoral en la elección de 1971. La expectativa se vistió de rumor y, aunque nunca gozó del apoyo unánime de la izquierda, si cautivó a un grupo no menor de la misma.

La misma fundación del Frente Amplio parecía fuertemente inspirada en dos experiencias de la región: la vía chilena al socialismo enarbolada por la Unidad Popular y el gobierno peruano de Velasco Alvarado. Pero ¿existían vínculos con el régimen de Velasco Alvarado? Tardíos militantes de la guerrilla uruguaya habían sido parte de algunas de las aristas de la experiencia peruanista como es el caso de Armando Miraldi, quien estuvo en Perú en 1968 para participar de la reforma agraria, y sólo más tarde ingresaría al MLN-T (Haberkorn 2011).

---

<sup>4</sup> En el Prólogo a la quinta edición de “Febrero Amargo” de 2017 de Gerardo Caetano se refiere a este gobierno como el que vino a “emblematizar un autoritarismo civil” el que sin embargo “no fue la expresión de un proyecto previo sino sobre todo el fruto de una reacción desbordada frente al violentismo tupamaro” (2017, 38).

Como señala Eduardo Rey Tristán (2005), el análisis que hizo el MLN-T de la realidad uruguaya se desprendía de los postulados de la Revolución Cubana. La lucha de clases en el marco de la explotación imperialista exigía a la organización el desenmascarar a la oligarquía nacional a través de la acción revolucionaria. La centralidad estaba puesta en la acción y en su capacidad de fortalecer conciencias y de desencadenar procesos de transformación social. De la acción armada nacería la conciencia y las condiciones para la revolución y no a la inversa. De ahí el desprecio a aquellos sectores que ponían más énfasis en las discusiones teóricas o programáticas. Esta organización depositaba una confianza significativa en la violencia revolucionaria, como un fenómeno que despertaba conciencias y como un elemento central de una política que forzaba a otros sectores de la izquierda a sumarse o quedar rezagados. Esta política de los hechos consumados era más fértil que las discusiones infinitas con otros sectores de la izquierda uruguaya. De ahí, por ejemplo, la puesta en marcha de acciones espectaculares capaces de generar adhesión e identidad, como el secuestro de personajes públicos vinculados al poder oligárquico o al imperialismo.

El internacionalismo y el antimperialismo eran las plataformas desde donde se abrazaban las banderas de la liberación nacional y la revolución socialista. Para ello, al igual que otros grupos revolucionarios de la época, “imaginaron una identidad” (Anderson 1993) y un pasado cuyas raíces se remontaban a la figura de José Artigas, héroe militar de la independencia del país.

La misma Revolución Cubana fue comprendida por sus protagonistas y defensores como la segunda independencia propiciada por José Martí, es decir, la culminación definitiva del proceso independentista iniciado el siglo XIX, por lo que se instala como un hito indiscutible en la historia reciente latinoamericana. Al situar el proceso revolucionario cubano dentro de los marcos de las luchas de emancipación latinoamericanas, se lo inscribe como un hito decisivo dentro de un proceso histórico continental mucho más amplio, asignándole un peso y una densidad histórica mayor. Tal como señaló Ernesto Guevara en 1967:

Siglo y medio hace que los pueblos de nuestra América empuñaron decididamente las armas para abatir el poder colonial que los sojuzgaba, exprimía y afrentaba, sacudiendo todo el continente con sus proezas y sacrificios. La gesta revolucionaria que culminó con el derrocamiento de la dominación ibérica en casi toda América, fue dirigida por hombres capaces, resueltos e indomables, provenientes en su mayoría a de los grupos intelectuales pudientes educados en el liberalismo burgués y en los ideales de la Revolución Francesa, con una clara perspectiva del carácter continental de la lucha y, por ende, con una comprensión cabal de sus deberes de revolucionarios latinoamericanos. (Guevara 1967, 70)

De este modo, los revolucionarios cubanos se entendían a sí mismos como los legítimos herederos de los primeros libertadores de América, los continuadores de su proyecto emancipador y los que, finalmente, coronarían esa lucha histórica, declarando el carácter socialista de la revolución.

EL MLN-T se sentía el legítimo heredero del Artiguismo, en particular de su proyecto de reforma agraria y de entrega de tierras a los sectores más postergados. La figura de Artigas era recuperada destacando su defensa de la soberanía de los pueblos que compartían lengua, religión y herencia cultural hispánica. Así mismo, se destacaba su defensa del federalismo y del nacionalismo económico, así como la composición popular de su tropa (compuesta por indios, mestizos y gauchos). De este modo,

esos ideales son ahora reivindicados por los nuevos tupamaros, que encuentran en el primer independentismo la cuna de la identidad uruguaya y defienden la continuidad entre aquella primera lucha y la que ahora llevan a cabo. De esta forma, denunciaban lo que consideraban traición de las clases dominantes, de la oligarquía (en su terminología), a los orígenes de la nacionalidad uruguaya y a la lucha del pueblo por su independencia. (Rey Tristán 2005, 169)

La reapropiación simbólico-política de ese pasado nacional se tradujo en la elección del nombre de la organización ya que, de acuerdo con su dirigente Eleuterio Fernández Huidobro, se buscó evitar las referencias clásicas de la izquierda tradicional y el uso de categorías considerados desgastados, como trabajadores, revolucionarios, o proletarios (Fernández Huidobro 2001). La noción de “tupamaros” refería a la historia de las revueltas antihispanas de fines del siglo XVIII y, luego, a los gauchos que lucharon junto a Artigas. En un documento de la organización podemos aproximarnos a la definición que ellos mismos realizan:

tupamaro es todo aquel que no se queda en la mera protesta, no respeta las leyes, decretos y ordenes creadas por la oligarquía para beneficiarse a sí misma, como aquellos gauchos rebeldes de antes que se llamaban tupamaros, que cuando hubo un gobierno extranjero, es este país, asolaban la campiña para hacerle la vida imposible a los intrusos, burlándose de las leyes de un régimen injusto. (MLN-T, 46 minutos en Radio Sarandí. Citado por Rey Tristán 2005, 334)

El rescate de estas figuras en el marco de la lucha en contra de las oligarquías locales, fue un signo distintivo de las izquierdas latinoamericanas del período. La valoración de “lo propio” derivó en una reivindicación militante de las expresiones culturales de lo mestizo y lo indígena, así como el rechazo a

expresiones culturales asociadas al imperialismo norteamericano. Ello supuso establecer un relato idealizado sobre el pasado precolombino cargado de binarismos y fascinado por lo original y lo auténtico. Como señala el intelectual venezolano Carlos Rangel “La caída del buen salvaje, [que] podrá ser vengada (y restaurada la situación anterior de beatitud natural) sólo por el buen revolucionario” (Rangel, 2015).

Herencia del artiguismo fue también la aplicación de una violencia controlada, al menos en los primeros años de la organización. El trato “humanitario” a los secuestrados — a quienes se les ofrecía atención médica — o la explicación de las acciones armadas a la ciudadanía a través de comunicados eran parte de esa herencia que se pretendía emular.

De acuerdo con Rey Tristán (2005), el MLN-T reconocía con los militares elementos comunes: la patria, el nacionalismo, la disposición a entregar la vida por una causa superior y el rechazo a la corrupción de las clases dominantes. Un sector de los militares fue considerado como “peruanista” por los tupamaros, es decir, proclives a realizar transformaciones en la línea de los militares progresistas que alcanzaron el poder en 1968. Con esos sectores se intentó hacer una tregua en 1972.

Por su parte, Clara Aldrighi (2001) señala que luego de la Proclama de Paysandú (1972) es que se inicia la derrota de la organización, un año antes del golpe de Estado de junio de 1973. El escenario previo al golpe estuvo marcado por la agudización de los conflictos y el incremento de las acciones armadas tupamaras y la consiguiente respuesta represiva del estado. En julio de 1971, la organización advertía que devolvería a la oligarquía “golpe por golpe, tiro por tiro” y que enfrentaría a la represión en cada esquina. (MLN, 1971). A inicios del año siguiente, un grupo de militantes se fugaron del penal de Punta Carretas, en la llamada Operación Gallo. Paralelamente, el MLN-T realizaba una investigación sobre los Escuadrones de la Muerte y su responsabilidad en la ejecución de militantes de la organización.

Junto con entregar los resultados de las pesquisas a miembros de la Cámara de Diputados y el Senado, el denominado Tribunal del Pueblo, estableció la condena a muerte de 11 miembros de esos grupos de ultraderecha. La ejecución se hizo efectiva para cuatro de ellos. La respuesta de las fuerzas conjuntas golpeó no solo a los tupamaros sino a dirigentes del Frente Amplio, intelectuales y otras organizaciones de izquierda. La aprobación de un estado de guerra (abril de 1972) por parte del congreso aumentó aún más la persecución y la represión sobre los tupamaros en particular y sobre el mundo de la izquierda en general. Ahora bien, ya desde julio de 1971 en el marco de la ley de seguridad del Estado, los militantes tupamaros eran procesados por la justicia militar.

En el marco del incremento de la represión estatal, comenzaron las conversaciones entre dirigentes de la organización y las FFAA. Si en un primer momento se intentó una tregua para poner fin a las torturas, más tarde las reuniones estuvieron centradas en la lucha conjunta en contra de la corrupción. La organización aportó antecedentes a la investigación encabezada por el Ejército, específicamente del coronel Ramón Trabal.

De acuerdo con Haberkorn (2011), los diálogos se realizaron en diversas unidades militares. En ellos participaron dirigentes como Mauricio Rosencof, David Cámpora y Adolfo Wasem.

Los prisioneros reclutados para la tarea en común con los militares pasaron a gozar de ciertos privilegios en La Paloma [...] Los seleccionados también tenían trabajo. Su tarea consistía en sistematizar información en poder del MLN o del Ejército. En base a estos datos se investigaban posibles ilícitos económicos y se elaboraban documentos sobre asuntos de importancia económica para el país. (Haberkorn 2011, 140)

Otro ingresado en 1970, Eduardo Bonomi — futuro ministro de todas las administraciones frenteamplistas — había propuesto a las FF.AA. como un partido del desarrollo Nacional. Sin embargo, el mayor respaldo provino de fuera del MLN-T, con el secretario general Partido Comunista Uruguayo Rodney Arismendi, quien defendió las tesis de la III Internacional respecto a una Revolución con las FF.AA., lo que equivalía a promover la propaganda política en cuarteles para transformar a las FF.AA. en «Brazo Armado del Pueblo». La idea no era completamente nueva para izquierdas y guerrillas y, antes del Velascato, había sido promovida por el histórico líder guerrillero venezolano Douglas Bravo, quien — durante 1965 en el marco de su salida del Partido Comunista Venezolano (PCV) y en medio del fracaso de la lucha armada — abogó por ganarse a las Fuerzas Armadas para la revolución, mediante una precoz infiltración de cuadros. Y, aunque el temprano bolivarianismo revolucionario — un socialismo con características venezolanas —, no sintonizaba con el marxismo leninismo del PCV, tampoco era completamente divergente con las propuestas castristas.

Un lustro más tarde, una convergencia nacionalista revolucionaria parecía más madura en sectores de la izquierda cisplatina, aunque sin consenso completo por parte de quienes expresaban distancia de dicha perspectiva, sin olvidar la postura de cierto eclecticismo del líder del Frente Amplio, y militar retirado Liber Seregni. Los propios tupamaros — estando casi derrotados — habían iniciado la cooperación con supuestos oficiales "peruanistas" para investigar la corrupción económica de las elites políticas y financieras, en el referido episodio, también denominado "La Tregua".

El influjo que ejercería la experiencia peruanista — un espejismo a posteriori — sobre las izquierdas uruguayas no fue menor al revestirse de caracteres míticos. Ante el peligro de una arremetida militar, la salvación podía provenir precisamente de ese mismo mundo que, para otros, era esencialmente hostil a la democracia. Las experiencias de Nasser en Egipto y de Velasco Alvarado en Perú comenzaron a operar en el Uruguay del primer semestre de 1973 como arquetipos susceptibles de ser reproducidos por la izquierda. Que aquel supuesto régimen nacionalista naciera de un golpe de militares puede explicarse en la preponderancia de la idea de cambio, sobre la de democracia como premisa social de convivencia para la izquierda (Caetano 2017, 49). Sin embargo, no se puede desechar la sensación de derrota y cercamiento, que además de incluir déficits democráticos en un momento de devaluación de la democracia — donde para unos era justicia social y para otros libertades y propiedad — apuntaba sobre todo a la necesidad de no perder la esperanza en transformaciones favorables. Para entender esto, hay que considerar el papel del mito político que “ocupa un lugar importante en la formación subjetiva hacia la política” (Zimmering 2001, 29).

La redención desde el grupo adversarial — el mundo militar — no es para nada extraña para una cultura política que reivindicaba la lucha armada (Carnovale 2023) y que tampoco es ajena a la tradición nacionalista de las izquierdas clásicas — comunistas y socialistas — que rinden culto a otro militar — Artigas — como héroe prometeico. La invocación a este tipo de estructura mítica — en medio de una situación adversa — amortigua toda crisis al suponerse que, en el fondo del abismo, surge la salvación (Campbell 2015). Las crisis — que básicamente significan cambio — son decodificadas como un descenso social injusto, por lo que la apelación al mito implica — al decir de Campbell — “cómo afrontar e interpretar el sufrimiento” (Campbell 2015, 213).

Circunstancias y esperanzas se enhebraron en febrero de 1973, propiciando una reacción de la izquierda completamente novedosa. El jueves primero de ese mes el senador colorado Amílcar Vasconcellos, en una profética alocución en radio Radio Carve, recordó que “hace un siglo el Uruguay entraba en la etapa histórica que fue considerada como el período militarista” (Sanguinetti 2023), alertando acerca del riesgo de la mayor presencia y actividad castrense.

Una semana más tarde, los comandantes del Ejército y la Fuerza Aérea publicaron una estridente réplica a la que no se sumó el jefe de la Armada, C/A Juan José Zorrilla. El presidente nombró como nuevo ministro de Defensa al General Antonio Francese, que fue rechazado por el Ejército y la Fuerza Aérea. La orden del Ejecutivo a la Armada fue acuartelar a la fuerza naval como respuesta al acuartelamiento de las otras ramas, que a su vez replicaron con

columnas de vehículos motorizados (Vasconcellos 2017, 114). Los hechos se precipitaron el viernes 9, con la Armada desplegándose en la Ciudad Vieja, cerrando la zona y declarándose fiel al orden institucional y disponiendo sus buques, en orden de combate, frente a la urbe. El almirante Zorrilla sugirió al presidente negociar con los sublevados, pero se le pidió regresar a la sede del Ejecutivo.

En la noche de esa jornada, el Frente Amplio — a través de su líder Liber Seregni — pidió la renuncia del presidente Bordaberry, contemplando la perspectiva de un gobierno con presencia militar, planteamiento que ya había esbozado la derecha uruguaya, pero no la izquierda. Entonces, los generales de Ejército, Hugo Chiappe Posse y de la Fuerza Aérea, Brigadier José Pérez Caldas, emitieron el Comunicado N°4 que proponía el involucramiento de las Fuerzas Armadas en la lucha contra la corrupción política, colocando a tecnocracias al frente de las empresas públicas y ejecutando la “redistribución de la tierra”. Era la versión preliminar de un programa político. Poco después anunciaron, en un nuevo comunicado — el N°7 —, el manifiesto repudio al marxismo. Según Sanguinetti (2023), la razón fue el enfado de los Generales Cristi y Zubía, ante el supuesto tono “peruanista” del N°4, presuntamente inspirado por el General Gregorio Álvarez. Pero lo más relevante es que — en ese entonces — la situación traspasó el punto de no retorno o, como muy claramente intitula Amílcar Vasconcellos en medio de los sucesos, “las Fuerzas Armadas entran directamente a hacer política” (Vasconcellos 2017, 116), un prolegómeno de la crisis definitiva del 27 de junio de ese año, cuando el congreso fue clausurado.

En medio de la incertidumbre, Ejército y Fuerza Aérea habían asegurado — en el punto 5.i del Comunicado N°4 — que era menester extirpar toda forma de subversión, y pretendían — como expresan en el 6.c — evitar la infiltración y captación de adeptos a las doctrinas y filosofías marxistas-leninistas. Además, el punto 5.g alertaba la necesidad de re-distribuir tierras, garantizando el acceso a la propiedad a quien trabaje la tierra y el 5.m exigía combatir los monopolios, instrumentando medidas que posibilitaran la mayor dispersión de la propiedad y un mayor control público de los medios de producción.

En la izquierda apareció una **corriente cuatrosietista** — basada en la supuesta **ala peruanista** del Ejército — que entabló contactos con el citado general Gregorio Álvarez (jefe del Estado Mayor Conjunto) y el coronel Ramón Trabal (jefe de la inteligencia militar). Otros sectores tuvieron cuidado de no comprometerse demasiado con las Fuerzas Armadas, como fue el caso del citado Seregni, quien reconoció que las FFAA podían llegar a tener un papel social y económico, aunque sin insistir en la existencia de un ala progresista, que sabía fehacientemente no existía (Caetano y Neves 2016). Él fue uno de los primeros en denunciar el diálogo entre la izquierda y los militares, asegurando éste tenía por

objetivo generar contra-información. De tal manera, indirectamente las posturas de Seregni y Arismendi, aunque no coincidieron completamente, se tradujeron en que el militar retirado —un mediador de oficio al interior del Frente Amplio— optara por acompañar la posición mayoritaria de su plataforma política —expresada por Arismendi—, no sin matices y reservas (Caetano y Neves 2016). La unidad de la izquierda, por tanto, fue priorizada frente a otras consideraciones.

Al interior del Frente Amplio los sectores más proclives a adherir a los comunicados 4 y 7 fueron el Partido Comunista Uruguayo y gran parte del Partido Socialista, quienes creyeron y quisieron leer los comunicados como la irrupción pública del ala peruanista, supuestamente dirigida por el coronel Trabal (Leibner 2011). Además, actores políticos de primera línea, como el citado Seregni, el senador Zelmar Michelini, la dirección del Partido Comunista y la central sindical CNT, permanecieron expectantes a la naturaleza de la insubordinación militar de febrero, mientras, los sectores provenientes de los militares "legalistas" que integraban el Frente Amplio —entre los que se incluye Oscar Licandro y Pedro Guerre— se mostraron cautos, dado su conocimiento de las jerarquías castrenses y de la arrolladora gravitación adquirida por la secreta Logia de los Tenientes de Artigas y, por tanto, de la distancia que les separaba con la experiencia peruana. Después de la citada fuga de punta Carretas en septiembre de 1971, el núcleo duro militar en torno a los comunicados había participado en torturas y ejecución sumaria de prisioneros, agregando una cada vez mayor autonomía respecto del poder civil, sin ocultar su adhesión a la ortodoxia de la doctrina de seguridad nacional y sus tesis del enemigo interno. El "celebrado" triunfo militar sobre la guerrilla había sido seguido por el retiro o renuncia de la línea "constitucionalista" de las Fuerzas Armadas.

Para la izquierda el episodio trató de una expresión desiderativa, en la que se ve lo que se quiere ver, y en el que referidos actores optaron por depositar esperanzas en textos confusos y contradictorios —los citados comunicados— de los que fueron exageradas las referencias a la lucha contra la corrupción, la redistribución de la tierra y la erradicación de la corrupción; en definitiva, un programa social, pero que, ciertamente, no ocultó la aversión a toda ideología marxista.

Los titubeos de esta izquierda con expectativas peruanistas, más una adhesión limitada a una democracia que consideraban devaluada por las injusticias sociales, no sólo fue confrontada por la derecha principista —a diferencia de otra parte de ese sector que respaldó tempranamente la insubordinación militar— sino por otra parte de la izquierda que advirtió el derrotero militarista. En consecuencia, la izquierda se dividió, con una corriente minoritaria que desde el primer momento se opuso a la acción militar, grupo



compuesto entre otros por Juan José Crotogini, Enrique Erro, Alba Roballo, Francisco Rodríguez Camuso y Adolfo Aguirre González (Caetano 2017) y liderado por el abogado y periodista Carlos Quijano. Sus discrepancias fueron retratadas en los semanarios del partido comunista — “El Popular” — y la revista “Marcha” dirigida por Quijano.

En la Editorial de “El Popular” del domingo 11 de febrero de 1973 escriben:

Pensamos que es razonable que las Fuerzas Armadas que no se consideran “una simple fuerza de represión o vigilancia”, quieren dar su opinión sobre la problemática del país y quienes tienen menos derechos que nadie a discutir esa actitud son los que les han dado determinadas funciones en los últimos tiempos. Y si hay una realidad que deba ser cambiada y las Fuerzas Armadas no quiere ser el brazo armado de grupos económicos y políticos que pretendan apartar de las Fuerzas Armadas de sus fines; es imprescindible que se conozca su pensamiento. [...] Nosotros hemos dicho que es el dilema entre poder civil y poder militar; que la divisoria es entre oligarquía y pueblo, y que dentro de éste caben indudablemente todos los militares patriotas que están con la causa del pueblo, para terminar con el dominio de la rosca oligárquica [...]

Las Fuerzas Armadas deben reflexionar sobre este hecho: los marxistas leninistas, los comunistas; integrantes de la gran corriente del Frente Amplio, estamos de acuerdo en lo esencial con las medidas expuestas por las Fuerzas Armadas como salida inmediata a la situación que vive la República, y por cierto no incompatibles: con nuestra ideología de clase obrera y sin perjuicio de nuestros ideales finales de establecimiento de una sociedad socialista. Y quien más combate al marxismo leninismo, la rosca oligárquica, se opone tenazmente al rumbo que se han fijado las FF.AA.

Por otra parte, en la Editorial del Diario Marcha del 16 de febrero de 1973 — titulada “La Era de los militares” se planteaba lo siguiente:

4.- Según la Constitución y la Ley, el jefe de las Fuerzas Armadas es el presidente de la República. Y entre sus elementales potestades tiene la de designar a los ministros, a todos los ministros, incluido, claro está, el de Defensa. El 8 de este mes de febrero, no obstante, los mandos militares declaraban que “han decidido desconocer las órdenes del Ministro de Defensa Nacional el general Francese, al mismo tiempo que sugerir al señor Presidente de la República la conveniencia de su relevo [...]

7.- Ahora en cambio son las Fuerzas Armadas las que actúan autónomamente, deliberan, proclaman y exigen. Hay entre lo de ayer y lo de hoy, diferencias cualitativas profundas e insoslayables, y no hemos vivido tantos largos años como hemos vivido, para renunciar y dar la espalda, movidos en el mejor de los casos por cegadores espejismos, a los que siempre hemos creído: al poder militar

como tal, como organización con personalidad, disciplina y fines propios — distinto es el caso de los militares cuando actúan como ciudadanos independientes —, no les corresponde ejercer el poder político. Es una conmixión peligrosa que el país, intuitiva o conscientemente, sobre todo después de las dolorosas experiencias del siglo último, siempre ha mirado con desconfianza y siempre ha terminado por rechazar [...] La consumación no es justificación y el poder militar, repetimos, no debe reemplazar al poder político.

8.- Lo comprendan o no los orientales, lo quieran o no los protagonistas una nueva era se ha abierto, en esta tierra. La era de los militares que puede durar no poco.

9.- Se suele hablar de experiencias extranjeras para cohonestar ciertos alborozos y ciertos deseos: la de los militares revolucionarios de Perú, la de los no menos revolucionarios de Ecuador; o la de los también revolucionarios de Panamá. Algunos, y ya la letra es otra y otra la tonada, miran con ojos humedecidos hacia Brasil ¿Por qué volar tan lejos, a tierras que son distintas de las nuestras, a países con estructuras económicas y sociales y superestructuras políticas que no se asemejan a las de Uruguay? ¿Por qué, en cambio, olvidar a Argentina que está ahí cerquita, allende el disputado río?

Tampoco, bien sabemos, la semejanza es total, y así como la historia no se repite, la experiencia en medios distintos, no sirven como calcomanías. Pero de todas maneras, bien filtrados los hechos y habida cuenta con prudencia, de las condicionantes, la historia argentina de estos últimos años puede sernos de alguna utilidad.

La prognosis de Carlos Quijano fue mucho más precisa con el devenir de los acontecimientos. Sin embargo, más allá de que el “don” de Casandra se revela como una maldición para quienes no son escuchados en sus vaticinios, más influyente fue el espíritu de una época para una izquierda uruguaya que poco meses después del golpe definitivo de junio del 73 contemplaba atónita como sus malogrados escauceos con las Fuerzas Armadas eran sino reproducidos, al menos representados bajo otro esquema en la mismísima Argentina a la que se refería Quijano: el “operativo Dorrego” de octubre de 1973 en la provincia de Buenos Aires que propiciaba la convergencia cívico militar mediante la cooperación del ejército argentino y las juventudes peronistas para recuperar a la población afectadas por anegamientos. La maniobra — que formalmente buscaba evitar la instrumentalización de las Fuerzas Armadas en el marco de la polarización política a través de conocimiento mutuo — indirectamente reconocía que los uniformados podían ser desequilibrantes en el juego político. El periódico “El Descamisado” — órgano oficial Montonero — consignaba, en su edición del 16 de octubre de 1973, que los oficiales más jóvenes “si bien no aceptan la metodología de la JP, parecen compartir las banderas de la Liberación y de la Reconstrucción” (28), enfatizando posteriormente que el proyecto de Perón era

“que el Ejército marche sino al lado, por lo menos cerca del auténtico pueblo” (29).

De esta manera, es posible admitir que el espíritu de la época que fascinó a Bonomi y Arismendi en Uruguay tenía cierto crédito también en Argentina. Si la revolución había fallado en el enfrentamiento con los cuadros castrenses, la posibilidad era ganárselos para la causa.

## Conclusiones

Existe un debate abierto acerca de la actitud de la izquierda — o parte de ella — durante la crisis de febrero, y sus significados. La centro-derecha democrática uruguaya — Sanguinetti — achacará al frenteamplismo falta de convicciones democráticas y un “pecado original”. Al interior de la izquierda la autocritica va desde quienes encuentran razones en el contexto situacional, hasta quienes consideran que parece haberse confiado demasiado de los contactos con el coronel Tralal y el general Álvarez.

El refrán que reza “cada uno ve lo que quiere ver” fue seguido al pie de la letra por una parte amplia de la izquierda uruguaya, incluido una facción de tupamaros, que se “comieron un amague” militar como detectara Leibner (2011, 614) en su indagación con varios protagonistas de la época.

Gerardo Caetano (2017, 51) apunta a un “espejismo peruanista”, que provocó que actores relevantes del Frente Amplio sobre interpretaran el contenido de unos comunicados amplios y confusos. Sin embargo, hay otra cuestión más de fondo advertida por Caetano: fueron pocos en el mundo político y la opinión pública uruguaya que comprendieron la tesitura desde el clivaje “democracia y dictadura”, optando por el antagonismo “oligarquía versus pueblo” (Caetano 2017, 48), ello sin reparar en que dicha lucha se despliega siempre mejor en un plano de convivencia regulada por libertades constitucionales. Entre quienes levantaron tempranamente la voz contra los sucesos se pueden citar varios nombres, aunque sobresalen claramente Amílcar Vasconcello, desde el batllismo colorado, así como — desde la izquierda el director de “Marcha” — Carlos Quijano, sin olvidar el grupo de ex uniformados del Frente Amplio que siempre mantuvo distancia de las expectativas de sus camaradas y compañeros acerca de un giro peruanista en las Fuerzas Armadas uruguayas. Pensamos que la falta de convicciones democráticas para defender un sistema que — aun cuando toleraba injusticias — permitía la crítica libre y la confrontación política, acaece en un momento de devaluación poliárquica — con estridentes casos de corrupción — y de polisemia del significantes — donde la democracia significa una cosa completamente distinta para cada agrupación —, pero que sobre todo obedece a la siembra de esperanzas en medio de la crisis y,

por tanto, es una expresión desiderativa o espejismo que tuvo receptividad cuando ya la vía armada parecía inviable.

La paradoja es que las antípodas políticas comenzaron a cifrar esperanzas de redención en el mismo actor — el militar — que, a la postre, revelaría que sólo atendía a los sectores políticos que se contraponían precisamente a los proyectos de izquierdas.

### Fuentes

Comunicado N°4 - 9 de febrero de 1973

Comunicado N°7 - 9 de febrero de 1973

El Descamisado, Año 1, N° 22, 16 de octubre de 1973

El Popular, Editorial domingo 11 de febrero de 1973

Marcha – Editorial de Carlos Quijano “La Era de los militares”, 16 de febrero de 1973.

MLN, Actas Tupamaras 2. Tres evasiones tupamaras. Buenos Aires: Ilustrada, 1973.

MLN, Correo Tupamaro. Archivo David Cámpora, 1971.

### Bibliografía

Albuquerque, Germán. 2021. “Militares de Izquierda y doctrina de seguridad nacional en Ecuador: El gobierno de Guillermo Rodríguez Lara, 1972-1976”. *Historia* 396 11(2): 3-32.

Aldrichi, Clara. 2001. *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLNTupamaros*. Montevideo: Trilce.

Amaral, Samuel. 1998. “Guerra revolucionaria: de Argelia a la Argentina, 1957-1962”. *Investigaciones y Ensayos* (48): 173-195.

Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

Aranda, Gilberto y Ricardo Mazurka. 2008. “Ejes y variables de la política exterior de Egipto de Nasser a Mubarak”. *Revista Relaciones Internacionales* 17 (35): 41-67.

Aranda, Gilberto, Miguel Ángel López y Sergio Salinas. 2009. *Del regreso del Inca a Sendero Luminoso. Violencia y política mesiánica en Perú*. Santiago: RIL editores.

Arenas, Nelly. 2018. “Hugo Chávez: populismo con uniforme”. *Revista Diálogos* 19(especial): 51-73.

- Campbell, Joseph. 2015 [1991]. *El poder del Mito: entrevista con Bill Moyers*. Madrid: Capital Swing.
- Caetano, Gerardo y Salvador Neves. 2016. *Seregni, un artiguista del siglo XX*. Montevideo: Banda Oriental.
- Caetano, Gerardo. 2017. "Prólogo". Febrero Amargo (Amílcar Vasconcellos), VII-LIX. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Calandra, Benedetta y Marina Franco, ed. 2012. *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.
- Carnovale, Vera. 2023. "Guevarismo y hombres nuevos en América Latina". *NUSO* 304.
- Ceriani Cernadas, César. 2017. "Rumores, chismes y secretos en la producción socia de lo verosímil". *Apuntes de Investigación del CECYP* 29: 146-155.
- Cortina Orero, Eudal. 2012. "Entre la institucionalidad y la acción revolucionaria. Una historia del Movimiento Revolucionario Oriental (Uruguay, 1961–1973)". *Contemporánea, Historia y problemas del siglo XX* 3(3): 189–211.
- Cotler, Julio. 1970. "Crisis política y populismo militar en Perú". *Estudios Internacionales* 3(12): 439–488. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.1970.18922>
- — —. 1994. "Las Intervenciones militares y la transferencia de poder a los civiles". En *Transiciones desde un Gobierno Autoritario*, tomo 2, América Latina, coordinado por Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, 225-259. Barcelona: Editorial Paidós.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. 1980. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Demarchi, Franco y Aldo Ellena. 1986. *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. 2001. *Historia de los Tupamaros*. Montevideo: Banda Oriental.
- Flores Galindo, Alberto. 1986. *Europa y el país de los incas: la utopía andina*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Garretón, Manuel Antonio. 1985. *Dictaduras y democratización*. Santiago de Chile: FLACSO.
- — —. 1978. "De La Seguridad Nacional a La Nueva Institucionalidad. Notas Sobre La Trayectoria Ideológica Del Nuevo Estado Autoritario." *Revista Mexicana de Sociología* 40(4): 1259–1282. <https://doi.org/10.2307/3539657>
- Guevara, Ernesto. 1967. *Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad*. La Habana: Instituto del Libro.
- Goldstone, Jack. 2014. *Revolutions: A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press.

- Guerra, Lillian. 2018. *Heroes, Martyrs, and Political Messiahs in Revolutionary Cuba 1946-1958*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Haberkorn, Leonardo. 2011. *Milicos y Tupas*. Montevideo: Ediciones de Fin de Siglo.
- Leibner, Gerardo. 2011. *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Lleixà, Joaquín. 1986a. "Autonomía del ejército y órganos superiores de la Defensa durante la transición". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 36. 101-118.
- — —. 1986b. *Cien años de militarismo en España*. Barcelona: Anagrama.
- López, Ernesto. 1987. *Seguridad Nacional y sedición militar*. Buenos Aires: Legasa.
- López Maya, Margarita. 2022. "Populistas de izquierda en el gobierno: la experiencia de Venezuela". *Desafíos* 34(2): 1-19. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.11223>
- Loveman, Brian. 1999. *For la Patria: Politics and the Armed Forces in Latin America*. Wilmington: SR Books.
- Mariátegui, José Carlos. 1934. "El Determinismo Marxista". En *Defensa del marxismo*. Santiago de Chile: Cultura.
- Mazzei, Daniel. 2002. "La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1961". *Revista de Ciencias Sociales* 13: 105-137.
- O'Donnell, Guillermo. 2000. "Las Fuerzas Armadas y el Estado Autoritario en el Cono Sur de América Latina". En *Estado y Política en América Latina*, coordinado por Norbert Lechner, 199-236. Ciudad de México: Siglo XXI.
- — —. 1982. "El Estado Autoritario en el Cono Sur de América Latina". *Revista Dados*. 14-27.
- Osuna, María Florencia y Esteban Pontoriero. 2020. "El impacto de la Doctrina "de la Seguridad Nacional" en la Argentina durante la Guerra Fría (1955-1983)". *Izquierdas* 49: 352-364.
- Poulantzas, Nicos. 1976. *Fascismo y dictadura*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Pedemonte, Rafael. 2022. "La Revolución cubana de cara al desafío ideológico de la «vía chilena al socialismo» (1959-1973)". *Revista de Indias LXXXII* (286): 859-892. <https://doi.org/10.3989/revindias.2022.026>
- Ranalletti, Mario. 2011. "Una aproximación a los fundamentos del terrorismo de Estado en Argentina: la recepción de la noción de 'guerra revolucionaria' en el ámbito castrense local (1954-1962)". *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"* 11(1): 261-278.
- Rangel, Carlos. 2015. *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Caracas: Editorial CEC.

- Rey Tristán, Eduardo. 2020. "The Guerrilla Experience en Uruguay (1963-1972)". En *Latin American guerrilla movements: origins, evolution, outcomes*, coordinado por Dirk Kruijt, Eduardo Rey Tristán y Alberto Martín Álvarez, 93-101. Nueva York: Routledge.
- — —. 2005. *La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Rivas Nieto, Pedro, Pablo Rey-García y Nadia McGowan. 2021. "La guerra fría, la seguridad nacional y el Estado militar en Sudamérica (1959-1980)". *Revista Secuencia* (111): 1-28. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.1928>
- Rouquié, Alain. 1984. *El Estado militar en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Sanguinetti, Julio. 2023. *¿Qué pasó en febrero de 1973?: A cincuenta años del comienzo del golpe de Estado*. Debate: Montevideo.
- Sasso, Rolando. 2015. *Tupamaros: La derrota: De pando a la caída de Rendic*. Montevideo: Editorial Fin de siglo.
- Selbin, Eric. 2010. *Revolution, Rebellion, Resistance: The Power of Story*. Londres: Zed.
- Sidicaro, Ricardo. 1996. *Juan Domingo Perón: la paz y la guerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Simmel, George. 2014 [1908]. *Sociología: estudio sobre las formas de socialización*. México: FCE.
- Stepan, Alfred. 1973. "The new professionalism of internal warfare and military role expansion". En *Authoritarian Brazil*, coordinado por Alfred Stepan, 47-65. New Haven: Yale University Press.
- Stewart, Pamela y Andrew Strathern. 2004. *Witchcraft, Sorcerer, Rumors, Gossip*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Touraine, Alain. 1989. *América Latina: Política y Sociedad*. Madrid: Espasa Calpe.
- Varas, Augusto. 1984. "Autonomización castrense y democracia en América Latina" en *La Autonomía militar en América Latina*. Santiago: FLACSO.
- Vasconcellos, Amílcar. 2017 [1973]. *Febrero Amargo*. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Zimmering, Raisa. 2001. "El Mito político de la RDA". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 44(181). 115-131.

### **Gilberto Cristian Aranda Bustamante**

Es profesor titular del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile e investigador del Instituto Universitario de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá. Integrante del claustro académico del doctorado en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile; Magíster en Estudios

Sociales y Políticos Latinoamericanos por la Universidad Jesuita Alberto Hurtado; Magíster en Estudios Internacionales por la Universidad de Chile, Magíster en Derechos Humanos en la Universidad Internacional de Andalucía, Licenciado en Historia y Periodista por la Universidad de Chile.

**Contacto:** garanda@uchile.cl

**María Olga Ruiz Cabello**

Es académica de la Universidad de La Frontera. Licenciada en Historia, Magíster en Estudios de Género, Magíster en Estudios Latinoamericanos y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Sus líneas de investigación son: historia reciente del cono sur latinoamericano, estudios de la memoria social y estudios de género.

**Contacto:** olgaruizc@gmail.com

**Recibido:** 30/08/2023

**Aceptado:** 22/11/2023